

blancas, cuyas obras llenan el mundo y completan la creación, después de haber dejado tanto de sí en el planeta, no tiene, parece imposible!, ni siquiera un nombre hoy en la historia. Ya lo hemos dicho y nunca nos cansaremos de repetirlo; esto solamente demuestra la inferioridad en que los tiempos antiguos tuvieron á la mujer y la poca estima que alcanzaron sus altas facultades, sus obras de redención, su virtud creadora, su divino ministerio. Pasan por la Biblia mucho antes de que aparezca la esposa del patriarca Noé, otras muchas, unidas con personajes bíblicos menos importantes, y tienen su nombre que perdura en mil generaciones. Esta mujer de Noé, que se levanta en el desierto de las edades, á la puerta de una época trascendental, y que deberíamos llamar geológica, no guarda ni siquiera un propio nombre que la distinga ni apellide. Mas la injusticia no puede llegar hasta desconocer que sin ella nunca hubiéramos vencido en esta lucha titánica de la humanidad con el mal.



SARA

Tras las grandes edades geológicas veamos ahora con recogimiento y devoción los tiempos verdaderamente patriarcales. Al patriarcado le toca, por derecho propio, la honra de haber establecido en la tierra como el germen y el rudimento de las primeras sociedades humanas. Sin esa grande autoridad, á veces excesiva, del patriarca, no se hubiera fundado la familia, sin la familia no hubiera venido la tribu, sin la tribu el pueblo. Nacen los individuos en la humanidad naturalmente sociables, como nacen libres, como nacen inteligentes; pero el individuo no constituye, no, el germen social. Este germen se halla en los instintos de comunicación por todo extremo naturales al hombre. Podrá el ruiseñor entonar su cántico para tener fija y embobada la nerviosa móvil hembra sobre su nido; el hombre canta para que le oigan los demás huma-

nos y á su arte y á las manifestaciones de su arte se asocian por una especie de comunión espiritual. Las ideas también se irradian de su inteligencia para que fecunden y aviven otras inteligencias, necesitadas, como la suya, de toda esta comunicación en las naturales atracciones entre las almas. El hombre resultará siempre, á cualquiera luz que se le mire y bajo cualquier forma que aparezca, un sér esencialmente sociable. Pero las semillas, las raíces, los brotes de la sociedad se hallan en el patriarcado, que constituye con sus fuertes autoridades la cohesión primera entre los átomos y forma el núcleo de un complicado y grande organismo. Sin el primer patriarca imposible la familia, y sin la familia imposible de todo punto la sociedad. Todos llevamos en nuestra retina las imagenes varias del mundo patriarcal nacido en Oriente. Bajo un cielo que reluce con resplandor vivísimo, sobre un arenal que se dilata por los cuatro puntos cardinales hasta el fin de los respectivos horizontes, álzase una tienda en el tronco de las palmeras apoyada fuertemente, á cuya puerta se ven los terebintos que dan sombra y las cisternas que dan frescor, mientras, en todas direcciones, aparecen las mujeres con sus ánforas en las cabezas, los camellos aguardando la carga, los nómadas recién llegados dispuestos á partirse de nuevo tras haber ofrecido algún dón y

haber aceptado algunas bendiciones en su incierto viaje por la inmensidad misteriosa de los desiertos. Hoy mismo, á la hora en que trazamos estas líneas, todavía subsisten las sacras sombras del patriarcado en Oriente, como si el tiempo hubiera querido respetar estos gérmenes de otra vida superior para mostrárselos á las sociedades humanas. Todavía el viejo patriarca lleva su báculo de apoyo y ejerce su autoridad incontestable; todavía la mujer patriarcal amasa el pan con su propia mano y lo conduce al horno sobre su cabeza; todavía la hija de familia, envuelta en su blanca túnica, y ciñéndose á las sienes un lazo en guisa de diadema, se corona, digámoslo así, con el ánfora refrescante; todavía la palmera llueve sus dátiles como un maná pródigo y los odres rebosan la leche de camellas apercebida para el viandante y el peregrino; todavía las caravanas llegan al oasis, y los camellos se arrodillan, y la hospitalidad se cumple, cual en los tiempos bíblicos, entre aquellas tribus que, mal envueltas por sus blancos alquiceles, diríanse hoy mismo evocaciones varias surgidas de los abismos donde se han hundido tantas ciudades y se han enterrado tantos pueblos. Pues bien, la vida esta, de la cual todos llevamos como una imagen grabada en nuestra fantasía, representa con toda verdad el comienzo de las sociedades huma-

nas, ó, mejor dicho, el suave albor de la vida social.

Naturalmente, los críticos del siglo último, dados á juzgar un mundo apartadísimo como el mundo patriarcal con las ideas nuestras, maravillanse mucho del estrecho parentesco habido entre los patriarcas y sus esposas, unidos á veces por lazos consanguíneos de tal fuerza como la hermandad. Pero no puede, no, desconocerse que la rareza de mujeres por un lado, y por otro el interés en perpetuar las familias, imponía esta clase de matrimonios. El patriarcado tenía grande necesidad, para constituir el germen social, de acercar mucho los individuos de una familia y estirpe alrededor del patriarca, su verdadero sol, por no decir su verdadero Dios. Donde quiera que una casta se funda, la familia toma estos caracteres fundamentales y se unen los parientes en matrimonio. Mirad las familias de los sacerdotes antiguos, mirad las mismas familias de los reyes en las edades modernas. Ciertas tribus, que se creen muy nobles por su espíritu y muy puras por su sangre, jamás consentirán en tener una mujer que no sea su pariente, su consanguínea. Por tal modo creen cosa fácil perpetuar las virtudes perpetuando las tradiciones de una raza. Poco arraigada en el suelo aquella primitiva tribu, con grande facilidad transporta de un punto á otro sus tesoros y sus haciendas. Enróllanse los hoga-

res de lienzos y esteras, pónense los bienes todos sobre los lomos del camello y se toma cualquier camino con tal de que los parientes vayan unidos en pos de tierras nuevas acompañados por sus animales domésticos. Los dueños ó señores de la tribu preceden á todos, inspirando universal respeto y atrayéndose profundísimas reverencias. Tras ellos va la servidumbre sumisa. El asnillo juguetea por un lado en compañía de sus tardos padres. Salta por otro lado la cabra, yendo y volviendo con grande inconstancia, mientras el rebaño sigue su camino con regularidad. El patriarca, vestido de rojo y coronado con blanco turbante, lleva negro cíngulo en sus riñones, y en su puño la grande y vibrante lanza que le sirve para conducir á todos y para trazar con líneas en los arenales el sitio de descanso y de reposo. Además de la palmera, el árbol amado de los patriarcas es el terebinto, á cuya sombra descansan los muertos en sus litúrgicos sepulcros. Así en las peregrinaciones el patriarca se detendrá siempre que dé con árboles de este género, bien para saludarlo en fórmulas consagradas y respetuosas, bien para erigir bajo sus ramajes un altar. Así estas primeras familias tendrán la movilidad misma de los arenales donde residen. Móviles sus tiendas, móviles sus tesoros, móviles sus ganados, teniendo en aquellas extensiones el mismo

clima que acaban de dejar, y en aquella uniformidad el mismo suelo donde acaban de vivir, se transportarán de un punto á otro punto en busca de un oasis donde hallen un poco de agua para la bebida y el amasijo, un tronco de palmera para tienda, el pasto necesario al ganado y cipreses y terebintos que asombren las sepulturas de sus muertos.

Esta vida nómada impone á los patriarcas la mutua hospitalidad. En el clima de tales regiones pásanse las horas del día en pos de un soplo, enviado por los cielos, á la entrada misma del hogar, en pleno aire libre. Y como se pasan así las horas del día, descúbrense desde bien lejos los viandantes y se les aguarda con verdadera solicitud. Aquel que llega en la hora de siesta, cuando más arde y calienta el sol, necesitado de un poco de sombra y un poco de agua, encuentra con facilidad en los ajenos hogares cariñoso recibimiento. El patriarca se dirige al recién venido, y después de saludarlo inclinando la frente hasta el suelo, se arrodilla en su presencia, y al erguirse ó levantarse de nuevo, le abraza por la cintura, le pone sobre su espalda la mano y le conduce al hogar. Una vez allí, lávale con agua fresca los piés que llegan como encendidos al contacto de las abrasadoras arenas. Seguidamente viene la comida. El pan pertenece al día,

porque lo amasan cada veinticuatro horas. Si las personas llegadas traen los signos de una estirpe inferior, ofrécenles tan sólo un cabrito; si es de superior estirpe un ternero. Fresca escudilla rebosando leche de camella cierra la comida. El patriarca está de pie mientras comen sus huéspedes. La tribu se asocia por completo á todos estos obsequios. Bien es verdad que las tribus componen como una manera de pequeños pueblos, en los cuales se distribuyen los deberes por igual entre todos los individuos. No solamente se asocian para cumplir los deberes propios de la vida; también se asocian para cumplir los deberes y obligaciones respecto de los muertos. En una sociedad primitiva, que hace los contratos públicamente con el concurso de todos los individuos adscritos á la tribu, ya podéis imaginaros cómo será el gobierno y cómo será el entierro. El gobierno es una especie de natural despotismo donde todos los poderes se hallan concentrados en el patriarca. La ley se promulga oralmente, y oralmente se transmite, porque una vida tan rudimentaria como aquella vida todavía no consiente ni estados constituidos ni leyes expresas y escritas. Los duelos de las tribus resultan fiestas funerarias públicas. Como todos pertenecen á ella, todos forman parte de una gran familia en que habrán de ser, dada su grande solidaridad, los do-

lores y las alegrías comunes. El exceso de honor prestable á los muertos consiste allí en manifestar las penas y verter las lágrimas con violencia y estruendo. Todos á porfía lloran, todos á porfía gritan. El ruido que hacen al golpearse los pechos con sus puños cerrados se asemeja mucho al estruendo del trueno repercutido por las grandes concavidades de los montes. Los patriarcas dan importancia extraordinaria en sus costumbres á la posesión de un sepulcro. Como se creen llamados por el cielo á constituir una familia muy fuerte y muy unida, saben cuánto importa para la conservación de esa familia el recuerdo sacro de los finados.

Sara, pues, representa los tiempos patriarcales. Mujer de Abraham, su nombre se halla unido indisolublemente á la grande y brillante aparición del pueblo hebreo. Antes de Abraham hubo muchos patriarcas. Basta con que nombremos Henoch, Matusalén, Noé, predecesores suyos todos. Pero estos patriarcas antediluvianos y prehistóricos están más unidos á la evolución material ó geológica del planeta que á la evolución superior de las humanas sociedades. Por eso el patriarca entre los patriarcas es Abraham. Dos razas le prestan, si no culto, porque los semitas solamente se lo deben á Dios, le prestan religioso respeto. Estas dos razas son la

raza hebrea y la raza ismaelita. Los árabes prefieren morir á que un cristiano cualquiera profane con su planta la caverna del Hebrón, donde Abraham duerme su eterno sueño por siglos de siglos. Al reposo beatífico en los brazos de una muerte serena le llaman los hebreos dormir en el seno de Abraham. Por la representación que alcanza en la historia, por el germen y embrión de sociedad que ha dejado sobre la tierra, por su aparición entre los tiempos históricos y los tiempos prehistóricos, Abraham nos lleva en sí á todos los hombres modernos. Nacido en aquella Caldea de los astrólogos y de los quiromantes, que deletreaba los luminosos jeroglíficos trazados en el espacio inmenso por el Verbo creador; habitante de aquella Mesopotamia por cuyos suelos debían arrastrar sus generaciones las cadenas del siervo; llevado más tarde por el azote de calamidades sin número y sin nombre al Egipto, escuela de los suyos; poseedor de aquellos campos de Canaán buscados por sus nietos entre los espejismos del caldeado é inmenso desierto, su historia contiene toda la historia de su pueblo, y su persona personifica toda la historia de su raza. Cuando un peregrino va por el inmenso líbico arenal y encuentra ya un ara rota, ya un plinto sepultado, ya una esfinge solitaria, ya un templo completamente destruído, ¡ah!, debe sen-

tir una especie de inexplicable afecto religioso por los enjambres de ideas y de recuerdos alzados á una de tan sacros objetos. Pues lo mismo sucede aquí en la historia cuando encontráis personificaciones como Abraham y Sara, en las cuales se resume todo un universo de grandes recuerdos y brilla todo un cielo de luminosas ideas. Veamos, pues, cómo representa Sara la mujer bíblica en los tiempos patriarcales.

No podemos penetrar en la historia de los tiempos antiguos llevando á ellos las ideas y las supersticiones de nuestro tiempo. Casualmente la característica del hombre se halla en su aptitud para transformarse y transformar consigo todo cuanto le rodea. Si queremos por nuestra ciencia conocer la ciencia primitiva, por nuestro arte apreciar las viejas artes, con los hábitos de nuestras generaciones discernir los hábitos de las generaciones pasadas, apenas descifraremos ningún enigma histórico. ¿Cómo conocer al hombre de las cavernas, enredado en las raíces de los organismos inferiores, por medio de la comparación imposible con el hombre culto? ¿Dónde se halla hoy aquel paquidermo enfurecido, que levantaba las piedras, como un volcán, contra sus enemigos? ¿Qué comparación entre nuestro buey sumiso y el toro titánico y bravo de los primeros tiempos? El elegante ciervo, que ahora huye

á nuestra presencia, ese animal nervioso y lustrosísimo, tan ágil como ligero, era entonces un coloso dado al combate y ceñido con cuernos casi cortantes. Pues lo que decimos de las edades geológicas debemos decirlo también de las edades sociales. Así como hay en el planeta monstruos, hay monstruos en la sociedad. Así como tenemos que combatir con las especies carniceras para lograr nuestra parte de aire y de sol en la vida, tenemos que combatir con las supersticiones para lograr nuestra mínima parte de derecho y de justicia. Dista tanto una sociedad patriarcal de una sociedad moderna como los ríos de nuestra civilización encauzados por tan admirable manera, repartidos en canales, atravesados por puentes, ladeados por muelles, distan de un río lago extendido por los primeros tiempos, el cual, siempre fuera violentamente de madre, no ha encontrado ni siquiera un lecho donde recogerse y por cuyo seno andar en continua impulsión y en su eterno movimiento. Sara, cuya vida vamos á trazar, personifica la mujer de los tiempos patriarcales, y, por lo mismo, no debéis confundirla de ningún modo con la mujer perteneciente á nuestro tiempo. Aquella sociedad es como la celdilla de nuestra sociedad; aquella familia es como el comienzo de nuestra familia. Las contingencias naturales á todos los seres criados se acrecientan en su infancia, que significa

tanto como imperfección y como debilidad. Por consecuencia, la familia de aquellos tiempos es una familia imperfecta, y la mujer imperfectísima, cual vamos á verlo por la misma historia de Sara.

Fijemos los términos. Abraham es un patriarca, un juez, un legislador, un rey. Nuestro moderno absolutismo se origina del antiguo patriarcado. Necesítase una tan grande actividad, porque, no asentadas las sociedades aquellas sobre sus bases, no constituido el poder en códigos, nómada la vida ó errante, todo se mueve arrastrado por el aluvión de tiempos y de pensamientos tan inciertos como aquellos, y una fuerza de cohesión incalculable debe sostener todas las moléculas y agruparlas en torno de su verdadero núcleo, del padre. Así como se mueven los animales á su mandato, han de moverse también las personas. El patriarca tendrá derecho de vida y muerte sobre sus hijos como vemos por el sacrificio de Isaac. Y tendrá una superioridad tal sobre su mujer, que bien podemos llamar á ésta su sierva. La poligamia se impone á estos tiempos apartados con imposición bien natural. Como se halla el hombre tan cerca de los animales, resulta la mujer para él como la hembra para el macho. En esta primera indeterminación de la vida, en este imperfectísimo esbozo de la sociedad, apenas hay medio para que la familia llegue á constituirse con

los caracteres habituales á la nuestra y para que un amor espiritual designe y prefiera la mujer única entre todas las mujeres. Desde los comienzos de su historia, tal como nos la refieren los libros santos, échase de ver que aquella vida de Abraham es una vida nómada y que aquella sociedad es una sociedad errante. Y como no pueda en parte alguna fijarse, pues unas veces los elementos poco sometidos todavía por el trabajo humano, y otras veces la guerra desencadenada en todas direcciones obligarán á un perpetuo movimiento, ha de tener el jefe algo de lo que tiene allá en la milicia el general, y ha de mandar, no sólo con imperio templado, con imperio absoluto. ¡Qué vida la vida terrible del nómada! No sabe si encontrará un oasis ó un cementerio en su incierto camino; la sed rabiosa del desierto puede consumirlo y el sol de la zona tórrida con sus rayos abrasarlo; á un lado y otro de la vía que debe ir abriendo según va marchando, le aguardan gentes enemigas, dispuestas al robo y á la matanza; bajo sus piés puede salir el tigre y el chacal, sobre su frente desatarse asolador el simoún, y las arenas que pisa volverse su terrible sudario y enterrarlo vivo con todos los suyos bajo aquellas movibles cordilleras arrastradas de un lado á otro lado en alas de los vientos. Tal organización así exige una vigilancia suma para proveer á todo

y para defenderlo todo. Esta vigilancia pide una gran previsión. Esta obligación de prever medios fáciles para ocurrir á todas las necesidades y estar á un tiempo en todas partes. Todo ello una grande autoridad, la que podremos llamar autoridad patriarcal. Si no la concebís así, muy cerca de la naturaleza, muy en guerra, muy confundida con las especies inferiores, esta sociedad patriarcal, no podéis de ninguna suerte comprender los sucesos que vais á oír.

Ya estaba fijo en su tierra nuestro padre Abraham cuando un impulso, propio de los tiempos nómadas, le mueve á buscar otra tierra, y la busca. Infimo, inferior allí donde se hallaba, para dirigir y para mandar había menester de nuevas tierras, de gentes á él sometidas. Interiores vocaciones le llamaban á ser cabeza de nación. Y para ser cabeza de nación necesitaba ser cabeza de tribu. Y para ser cabeza de tribu necesitaba que las gentes á él sometidas se lo debieran todo y lo emplearan para todo. No se fundan poderes fuertes sino en la necesidad, no se forjan sino por la necesidad. Una tribu, que se mueve por el desierto, resulta un ejército en marcha. Tal ejército necesita un jefe absoluto. Tal jefe ha de buscar su autoridad en lo más natural ante todos y más reconocido por todos, en la paternidad. El padre, ó el patriarca, he ahí el jefe.

Por eso los individuos de la tribu serán como sus hijos, y las mujeres de la tribu serán como sus esposas. Así que pone por obra sus resoluciones, en obediencia natural á la vocación interior, arrolla la tienda, carga con ella y con sus enseres el camello, reúne sus almas, como les llaman muchos, ó sus siervos, como debe llamarse á tales gentes sometidas, y emprenden la indispensable peregrinación por el desierto, en busca de la nueva tierra donde ha de ejercer su autoridad y ha de fundar ese conjunto de familias en quienes latan los gérmenes varios de una nueva vida, encerrada en los organismos rudimentarios y sencillos de una nueva sociedad. He ahí la vocación célebre de Abraham, fundar una gran familia, tener en derredor suyo la gente que ha de componer una tribu, como si presintiera que algún día esa tribu constituirá por su parte, no diré una verdadera nación, fruto tardío de tiempos más excelsos, pero sí diré una verdadera y grande raza. He aquí el secreto de toda la historia de Abraham. Sus mujeres, en el cumplimiento de su vocación, aparecerán como verdaderas siervas destinadas tan sólo á perpetuar en siglos de siglos la gran familia que debe fundar en lo presente para transmitirla después á lo porvenir el patriarca hebreo.

La predilecta, la primera entre las mujeres de